

las que pusieron de manifiesto las ausencias de Mariátegui, para quien el problema indígena es fundamentalmente social y económico? fundamentalmente social y económico? ¿Disminuyó la publicación de ensayos sobre el problema indígena después de 1927 por parte de Mariátegui y de su grupo?, ¿no aparecieron los 7 ensayos, en los que figuran los fundamentales trabajos “El problema del indio” y “El problema de la tierra” en noviembre de 1928, y la reseña del libro de Solís en diciembre del mismo año, siendo reproducido en *Amauta* en enero de 1929? ¿No resulta alejado de la realidad manifestar que a partir de 1927 debían de haber aumentado las investigaciones directas de campo sobre el problema indígena en el Perú? ¿Tienen reminiscencias o no los textos de Mariátegui de lecturas rusas? ; y si el autor no está seguro de ello, ¿cómo puede afirmar que este hecho permite situar el pensamiento de Mariátegui en una vertiente europeísta?

Al final de sus Conclusiones Tord sostiene intempestivamente que “lo que diferencia básicamente al indio tanto del mestizo como de otros estratos de la sociedad ‘occidental’ , es su arraigamiento a modos tradicionales de comportamiento sustentados fundamentalmente en una concepción mágico-religiosa del universo, de tal forma que el espacio y el tiempo en que habitan están impregnados de sacralidad” (pp. 211-212). Qué sea lo que autorice al autor a estas afirmaciones, tan sugerentes como incomprobadas, es algo que Tord no revela. No se desprenden del recuento anterior ni están fundamentadas en ninguna parte, violentando la estructura de la tesis. En realidad, pensamos que se trata de un problema de estilo: lo que Tord ha querido es sin duda establecer un programa de trabajo, que de ser cumplido superará todos los ensayos que él reseña en este libro. Pero por el momento son sólo afirmaciones vacías, esperando la prueba que las ampare y verifique.

Llama la atención que algunas de las atingencias anteriores, que son controlables, no hayan sido formuladas al doctorando en su debida oportunidad por su asesor de tesis o por el jurado que la calificó de sobresaliente. También sorprenden un poco los elogios

inmoderados de don Luis E. Valcárcel y de Emilio Romero. Y, finalmente, que se haya galardonado al mismo tiempo este libro e *Historia Social del Cuzco Republicano* de José Tamayo Herrera (que nos parece obviamente mejor) —además de otras obras más. ¿Existe en el Perú una sobreabundancia de premios de historia?, ¿no se los devalúa al otorgárselos con tanta largueza?, ¿no se nivela así las obras que los reciben?, ¿vivimos acaso un feliz momento económico y un verdadero boom historiográfico?

La función de un crítico es, hay que recordar este truismo en el Perú, criticar: para no engañarse a sí mismo, orientar a los lectores —en caso de ser esto posible— y, finalmente, por mor del propio autor criticado. Luis Enrique Tord es talentoso y joven, y por eso de él cabe esperar que pueda en el futuro corregir los defectos que este libro transparenta.

David Sobrevilla

Ruffinelli, Jorge: *El otro México (México a través de la obra de B. Traven, D.H. Lawrence y Malcom Lowry)*, México, Nueva Imagen, 1978.

Afincado en México durante los últimos años, como director del Centro de Investigaciones Lingüísticas y Literarias de la Universidad de Veracruz, Jorge Ruffinelli (Montevideo, 1943) viene ofreciendo distintas aproximaciones a la literatura de ese país: en este orden de cosas destacan, a más de sus artículos y reportajes relativos a los escritores mexicanos más jóvenes, dos libros importantes: *José Revueltas: ficción, política y verdad* (1977) y *El otro México*. Aunque de intención y contenido muy distintos, ambos libros obedecen a una misma manera de entender y practicar el discurso crítico: a grandes rasgos, como esclarecimiento de las categorías ideológicas que subyacen en el sistema simbólico de los textos y lo remiten —mediante una compleja red de intermediaciones— a la realidad. Es visible en la crítica de Ruffinelli, de otra parte, una decisión de aligerar el lenguaje y de controlar todo desborde erudito sin perder por ello rigor y coherencia. Un buen ejemplo, por cierto.

frente al tecnologismo de cierta crítica que parece gozar en su enclaustramiento punto menos que esotérico.

*El otro México* estudia la imagen que tres escritores extranjeros elaboran de ese país. El haber escogido las obras de Traven, Lawrence y Lowry implica un criterio previo de selección, que como tal supone necesariamente un cierto grado de arbitrariedad, pero, al mismo tiempo, es indiscutible tanto la importancia de los narradores escogidos como la sugestividad, de verdad estimulante, de sus visiones de México. Queremos decir que la nómina de autores hubiera podido ampliarse pero que la muestra escogida es suficientemente significativa.

Ruffinelli plantea así el objetivo de su libro:

Vivir en México es siempre empresa difícil; padecer el exilio también; penetrar una realidad esquiva, aún más. Razones como éstas me llevaron a preguntarme cuál ha sido la visión de México en la obra de estos grandes escritores: cómo reaccionaron cuando la realidad se les escurría de entre las manos o bien se les enfrentaba como un muro tenaz. No hay espectáculo más fascinante que el de un escritor entablando una forma dialógica —un desafío, una lucha o un acoso de amor— con una realidad que no es la suya ni podrá nunca pertenecerle. Y los libros y cuentos a los que dedico los tres ensayos que siguen nos dan ese espectáculo en toda su plenitud (p. 16).

Aunque cada uno de los tres estudios destaca la peculiaridad de la vivencia mexicana de los escritores escogidos y la especificidad de sus interpretaciones de la realidad a la que se enfrentaban, destacando por ejemplo el sesgo político radical de Traven, el reaccionarismo de la ética propuesta por Lawrence o el subjetivismo alegorizado de Lowry, lo cierto es que la posición de todos está recorrida por una suerte de constante que se define una y otra vez por la mezcla de fascinación y repudio que suscita México en ellos y por la insistencia con que bimbembran su visión entre los polos de la crueldad,

fiereza y caos, por una parte, y del vigor, espontaneidad y belleza, por otra. Fraseado de mil y una maneras es, sin embargo, el mismo estereotipo que Occidente construyó desde la Conquista para dar razón —su razón— de América. A este respecto podría ser esclarecedor rastrear la imperturbable vigencia de ciertos tópicos fundados por los primeros cronistas.

Sólo en el caso de Lawrence Ruffinelli apunta la inserción de la visión de los otros, los extranjeros en la autoimagen de México; es decir, el impacto de esta visión en la reflexión de los mexicanos sobre la identidad de su nación. Anota a este respecto:

Los textos lawrencianos son vigentes, pues comienzan a elaborar un origen al pensamiento nacionalista que él, sin embargo, no pudo entender a fondo, pues llegaba obsesionado por la búsqueda de un personal paraíso inexistente. Ha dejado elementos de interpretación, ha dejado asombrosas ideas (por lo acertadas o por lo equivocadas) y, sobre todo, imágenes bellas y algunas nociones como la de la soledad azteca, el hermetismo emocional, que han calado, explícitamente o no, en la propia literatura mexicana y en el propio sistema de pensamiento que ésta ha elaborado para conocerse y reconocerse. Si muchas veces Lawrence parece omitido de ese punto de partida, no lo está, seguramente. Bastaría releerlo para entrar nuevamente en el vórtice de un debate que no ha cesado (pp. 115-116).

Es lástima que en *El otro México* este tema no sea desarrollado, pues, sin duda alguna, su importancia es decisiva —y no sólo para el caso de México sino para Latinoamérica íntegra y para todas aquellas regiones del mundo que al ser sometidas por una conquista fueron también modelando su conciencia a través del debate (o la sumisión) con la conciencia que los conquistadores elaboraban de los pueblos colonizados. No deja de ser inquietante que sean precisamente interpretaciones como las de Lawrence —cuyo fondo racista Ruffinelli pone de manifiesto— las que influyen con mayor energía en

la autoconciencia nacional.

De otra parte, al examinar las novelas de Traven, Lawrence y Lowry, Ruffinelli no se limita a determinar las imágenes y valoraciones de México que aparecen en esas obras. Aunque ese es el objetivo principal, en *El otro México* se encuentra también un conjunto de apreciaciones generales sobre los procesos narrativos de los autores mencionados. Por cierto es el resultado de una obvia necesidad de contextualización, pero, en muchos casos, las perspectivas que se ofrecen escapan a la simple instrumentalidad. El análisis de los textos de Lowry es importante como tal y sin duda representa un esclarecimiento útil para comprender la muy singular producción de este autor.

En suma *El otro México* es un libro excepcionalmente estimulante. El reflejo de la realidad americana en la conciencia de Occidente es un proceso lleno de sorpresas y rico en sugerencias. De alguna manera, dada la condición dependiente de nuestros países, esa conciencia ajena participa en los combates por la identidad de nuestros pueblos. A un episodio de esta contienda esencial se ha aproximado, muy lúcidamente, Jorge Ruffinelli.

Antonio Cornejo Polar

Núñez, Estuardo: *LA EXPERIENCIA EUROPEA DE MARIÁTEGUI*, Lima, Amauta, 1978.

En la década de los cincuenta Estuardo Núñez (Lima, 1908) inició sistemáticamente un proyecto destinado a examinar las relaciones de la literatura peruana con las más importantes literaturas de Occidente: en el curso de este proceso de investigación, a través de volúmenes indispensables para comprender las formas y grados de inserción de nuestra literatura en la historia de la literatura universal, Núñez ha dado razón de los vínculos con las literaturas de Alemania, Inglaterra, Italia y Estados Unidos. Dentro de este marco general hay que situar su último libro: *La experiencia europea de Mariátegui*, aunque en este caso, como es obvio,

no se trate de fijar un panorama global sino, al contrario, un diseño específicamente referido a un autor.

*La experiencia europea de Mariátegui* describe la estada del director de *Amauta* en el Viejo Mundo e interpreta lo que pudieron significar para él los años (de 1919 a 1923) pasados en Europa. Amparado en el amplio consenso que afirma la importancia decisiva que tuvo este viaje para la formación de Mariátegui, consenso que parte de la opinión del propio Mariátegui que gustaba remitir a su "edad de piedra" todo lo realizado con anterioridad a su partida del Perú, Núñez trata de precisar tanto la realidad social cuanto las tensiones culturales que Mariátegui experimentó directamente durante su itinerario europeo. La importancia de este objetivo es obvia.

En los capítulos iniciales de *La experiencia europea de Mariátegui* se revisa, con notable erudición, lo hecho, observado, pensado y leído por Mariátegui en Italia (capítulo I), Francia (capítulo II) y Alemania (capítulo III). Se revisa también, en cada caso, la marca dejada en Mariátegui por lo vivenciado en estos países y los distintos textos en los que —desde Europa o a su regreso al Perú— dejó testimonio de esas experiencias. Es novedoso el énfasis puesto en la importancia de la "experiencia alemana" de Mariátegui, puesto que normalmente se subrayan más bien las repercusiones de Italia o Francia. Núñez observa con acierto que la crisis alemana (las contiendas sociales, los debates ideológicos, la experimentación artística) fue fuente de nutridas y esclarecedoras reflexiones para Mariátegui.

Naturalmente la trascendencia de lo vivido en Alemania no opaca ni la "experiencia italiana" ni la "experiencia francesa". Núñez sintetiza el sentido de cada una de ellas de la siguiente manera: "Mariátegui afinó su espíritu en Francia, colmó su experiencia en Italia y decidió su destino en Alemania". De otra parte, Núñez deja en claro cómo este conjunto de vivencias no derivó hacia un cosmopolitismo vacío, ni implicó un desarraigo con respecto al Perú, en la medida en que, al contrario, Mariáte-